

Hijas de las dos crisis

PATRICIA NÚÑEZ CORTÉS

DIRECTORA DE LA DELEGACIÓN DE EXTREMADURA EN BRUSELAS

Me gustaría comenzar de la misma manera con la que una amiga periodista me enseñó a moverme por los laberínticos espacios del Parlamento Europeo, pidiendo perdón antes que permiso. Pero sobre todo, con la sinceridad y el respeto que los lectores de esta nueva sección y su cálido equipo merecen.

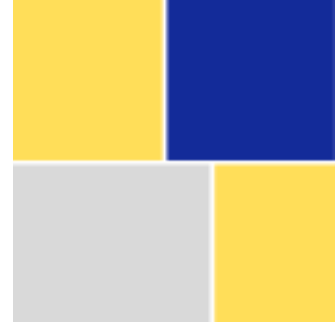
Después de algunos años, he averiguado que la mayoría de las personas experimentamos cierto entusiasmo cuando aparece algo que desafía nuestros esquemas mentales y derrumba a patadas nuestros prejuicios, a pesar del dolor. Podríamos llamarlo “el entusiasmo de los despiertos”.

¿Quiere esto decir que hay aspectos de esta crisis que nos entusiasman? Por supuesto no el drama que deja a su paso. Pero sí el poco o mucho despertar al que pueda contribuir. Por eso, permanecemos expectantes frente a la posibilidad de un despertar de muchos.

He preferido no insistir en lo que estamos hartos de leer y escuchar en los medios: una crisis que remueve los cimientos de nuestro sistema de creencias, diezma la población sin contemplaciones, provoca una inusual agilidad (aún lejos de ser suficiente) en la toma de decisiones en las instituciones y reduce el ritmo de producción e intercambios comerciales en todo el mundo, situando ante el “ahora o nunca” a una Unión Europea a la que, de momento, no hemos dotado del poder necesario para dar grandes zancadas en situaciones extremas y con ello nuestra profunda conmoción.

Sin embargo, más allá de lo evidente, quizás sorprende que a las generaciones de la dictadura española, la Transición, las grandes huelgas de la democracia y la entrada en la Comunidad Económica Europea, a esas generaciones que lucharon incansablemente por los derechos y libertades de los que hoy disfrutamos mi generación y las siguientes, las zarandee de igual manera.

A vosotros y vosotras, generación de nuestros padres y abuelos, no es posible que os desconcierte que esa China que detiene ocho veces al joven Joshua Wong en las protestas de Hong Kong, no sea del todo transparente. Ni que cuando en la casa de Occidente el virus entra por la puerta, el neoliberalismo salte por la ventana. O que como decía António Guterres, Secretario General de Naciones Unidas, la relación entre las grandes potencias sea más disfuncional que nunca. Ni siquiera que el ámbito político se demore demasiado en escuchar la voz de la ciencia y solo reaccione cuando ya ha sido noqueado al menos una vez.



A vosotros no. No a los que ya lo vieron y vivieron todo... y lucharon por que cambiara.

Y sin embargo sois vosotros y vosotras, desesperante paradoja, a quienes ahora consideramos población de mayor riesgo, los más vulnerables.

Por eso, me atrevo a afirmar que es en gran parte gracias a vuestro ejemplo, por lo que hoy expertos y líderes de todo el sur de Europa insisten, de forma clara, en la importancia de apostar por medidas tan necesarias como la mutualización de la deuda y la creación de un Fondo de Recuperación, entre otras, evitando así el endeudamiento masivo de los países y ayudando de forma real a la recuperación de sus economías. La única salida de la crisis verdaderamente acorde con los valores que promulga nuestra Unión.

Llegados a este punto, recuerdo una conversación que mantuve con Virginia Marco, Directora General de Relaciones Institucionales y Asuntos Europeos de Castilla la Mancha, tras el Pleno de febrero del Comité de las Regiones. En ese momento yo todavía era becaria en el despacho de Nacho Sánchez Amor en el Parlamento Europeo.

Virginia y yo hablamos sobre que ambas somos hijas de la crisis económica del 2008. Igual que mi amiga Paula, la perspicaz periodista que mencionaba al comienzo. E igual que tantos otros miles de mujeres y hombres, ahora en sus treinta, que por segunda vez en diez años vemos cómo nuestra Unión se asoma a ese abismo que surge bajo la brecha entre clases. Y más grave si cabe, contempla la desaparición de la clase media, reivindicativa y generadora de cambio por excelencia.

Me pregunto si, ahora que mis contemporáneos están cada vez más presentes en puestos de toma de decisiones y conocemos las consecuencias de las dos grandes crisis del siglo XXI, seremos capaces de devolver la fuerza drenada a las generaciones anteriores y ser, al mismo tiempo, canal de motivación y despertar para las generaciones futuras. Quizás esta sea la pieza clave del engranaje que nos mueva hacia un gran cambio.

Al menos, no podremos decir que esa posibilidad no enciende nuestro entusiasmo ni que la vida no nos haya preparado para ello.